

“En todo se advertía
esa estudiada simplicidad
que constituye el más alto
refinamiento del gusto”

L. Durell, Justine

“y cuando comenzábamos a
desarrollar este arte,
la imaginación nos fue
creciendo”

Ernesto Jara

Más allá del tiempo y de los días, por detrás de las formas y de las sombras, en favor de la cofradía del espíritu, las cosas sobreviven. En la esencia de las grandes profundidades adivino manos inquietas, curiosas, intuyo la vivacidad del instante cuando los sentidos, el instinto, el olfato le llevó al hombre a recrearse, a dejar suelta a su imaginación a

encontrarse con los susurros de creación de sus dioses.

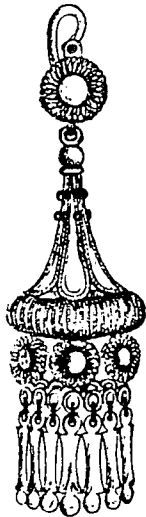
Entonces sus manos se movieron y siguieron libres a la materia. Se encontraron con las líneas, con los espacios, con los vacíos. Fueron acoplándose a las formas limpias del tiempo, de los vientos, de la vida y de la muerte.

Enlazando los contornos de la naturaleza crearon figuras en relieve de hombres y mujeres. Martillando en frío, martillando con mazos de piedra extendieron el oro y la plata hasta convertirlos en finas y blandas láminas. Con mucho cuidado, casi sin dejar huellas los orfebres cañaris soldaron, unieron el brillo del oro y la flexibilidad de la plata.

Imitaron con asombro la transparencia calidoscópica del tejido de las arañas. Conocieron los secretos de la suelda, descubrieron los principios de la filigrana. Considerados

como seres privilegiados por su pueblo, los artesanos orfebres del incario cincelaron, estamparon, repujaron el oro y la plata. Trabajaron en superficies planas. Mostrándonos sus creencias, y su religiosidad, su exuberancia manual y la destreza de su oficio hicieron vasos ceremoniales, máscaras funerarias, amuletos para su protección, tumis o cuchillos en forma de media luna con cabezas de llama o alpaca.

Los orfebres de los pueblos de la costa, los artífices de los metales y de las piedras preciosas como los Huancavilcas y los orfebres de la cultura Tolita nos dejaron ricas



muestras de su ingenio, de su saber y de la maravillosidad de su oficio. Ellos dominaron técnicas de difícil factura como la de la fundición, el forjado, laminaciones con martillado, fundición en moldes y a la cera perdida, amalgamas, suelda, repujado, engastaron con maestría piedras en sus joyas y articularon figuras humanas y antropomorfas de aves y animales.

Ataviaron sus cuerpos con delgados y anchos brazaletes. Adornaron sus orejas, sus bocas, sus pechos, sus antebrazos, sus cuellos. Alargaron el oro y la plata hasta convertirlos en lentejuelas e hilos para adornar los tejidos y vestidos de los sacerdotes, de sus mujeres.

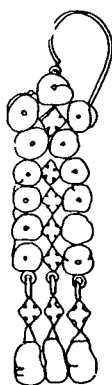
Y cuando todo tenía una equilibrada armonía llegaron los galeones españoles. Trajeron en sus arcas las mitas y los obrajes y se llevaron en lingotes la vida de los pueblos, los nombres de los dioses, su alegría y su esplendor. Rompieron el ritmo de los días, vinieron otros tiempos. Se mezclaron los hombres y los gustos, nacieron otras necesidades, se diluyeron las prohibiciones durante los casi tres siglos de duración del coloniaje español.

En aquel entonces calló la lengua de los pueblos de estas tierras, cubrieron su rostro, hablaron con su cuerpo, agudizaron su oído, murmuraron en su andar, sobrevivieron con su discreción y su listeza, con la finura de sus labores. Diluyeron, traspasaron las fronteras de las prohibiciones, sobreviviendo en su oficio, con sus artificios, en su arte mostrándonos cómo la fuerza de sus costumbres, de sus mitos, de sus ritos, de sus conocimientos nos ha permitido nuestra sobrevivencia como pueblos engarzándonos en una nueva unidad, creciendo, descubriéndonos.

Así las exigencias de la nobleza española, de las poblaciones criollas, las clases pudientes de la Colonia, las necesidades de la Iglesia y el clero convirtieron a la orfebrería en una de las ramas artesanales más difundidas de esta época. Se incrementaron

también otras actividades manuales dentro del sector artesanal como la carpintería, la joyería, ebanistería, talabartería, textilería. Los españoles transpusieron a estas tierras una organización artesanal fundamentada en la formación de talleres artesanales y gremios de maestros, a los cuales en un principio, no se les permitió el ingreso de los indígenas en especial en los talleres de orfebrería.. *"al artesano indígena se le prohibió el ejercicio de las artesanías españolas y su ingreso a los gremios artesanales. Sin embargo continuó ejerciendo su artesanía nativa, para atender a las necesidades de la población indígena y el pago de tributo de la encomienda"*

La Iglesia levantó junto a sus templos y conventos talleres dedicados a la producción de joyería trabajada sólo en metales finos con



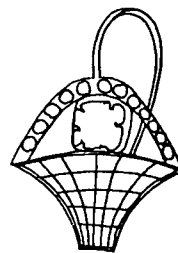
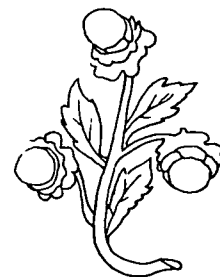
pedras preciosas. En estos talleres se hicieron vistosas piezas dedicadas a la Eucaristía, el Bautismo y la Extrema Unción. Fabricaron copones, escapularios, rosarios, patenas, cálices, portaviáticos, potencias, sagrarios de extrema delicadeza y finura, adornados con hojas y frutos, con pedras preciosas, con oro, plata, plata dorada y algunas fueron de latón. Trabajaron en cada detalle con minuciosidad para determinar su forma correcta, su peso justo, su dimensión exacta, para conseguir un acabado perfecto.

Incorporando nuevas herramientas como las hileras, el torno de estirar, martillos, yunques, fraguas formaron zarcillos, collares, anillos, cinturones, diademas. Algunas piezas fueron revestidas en pan de oro como cetros, espadas, coronas, lunas, todas piezas fundamentales para vestir a las imágenes de la Virgen así como también, bordados en oro y en plata para las casullas de los sacerdotes.

Con perlas, brillantes, amatistas, esmeraldas, con el oro y la plata, los artesanos orfebres dedicaron también su pulso y su ingenio para construir objetos utilitarios y decorativos. Era costumbre de esa época contar en los

hogares con cubiertos, juegos de vajillas, saleros, jarras, cofres, candelabros de plata. Los aparejos de los caballos eran también construídos por los orfebres como símbolo del poder y de la casta social de quien podía contar con estos utensilios para su uso.

Durante la época republicana no se dieron profundos cambios en las técnicas del trabajo. Sin embargo se experimentó una cierta especialización de los artesanos. A comienzos del siglo XIX este sector estuvo ya organizado en gremios y su oficio quedó destinado a las personas de estratos medios y bajos. Se formaron un gran número de



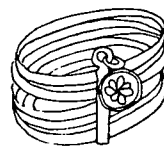
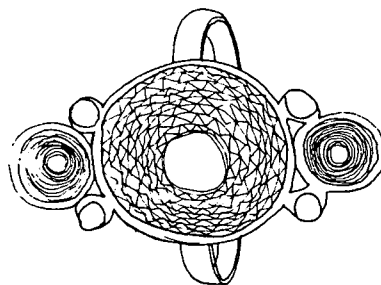
talleres conformados en su mayoría por los mismos miembros de la familia, contratando en ciertos casos a operarios y aprendices.

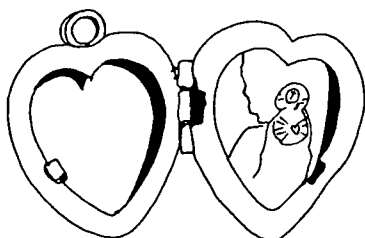
En estos tiempo la demanda de la joyería fue tan intensa como en la Colonia y era el Cabildo quien fijaba la tarifa de los servicios de los artesanos así como también los precios de los bienes producidos. Toda la producción de los orfebres y joyeros era consumida por los terratenientes, por la Iglesia y los sectores aliados a las clases con ingresos económicos elevados.

Aunque la producción orfebre no ha tenido en su larga historia un proceso estable sobre todo por los cambios producidos en la situación económica del país y por el cierto grado de inestabilidad en el abastecimiento de la materia prima y su comercialización, el Azuay se ha constituido en una de las regiones del país en donde con mayor facilidad se puede apreciar el desarrollo artístico y técnico de la joyería.

Poco a poco esta fuerte tradición artesanal del trabajo con los metales preciosos ha dado características especiales a la joyería de esta región.

Podemos hablar de una Joyería Tradicional Azuaya pues sus principios de diseño, de producción, la forma del empleo de la materia prima, los nombres y el uso de las piezas responden y están con mucha fuerza ligados a conocimientos adquiridos y aprehendidos gracias al traspaso de la sabiduría de los artesanos indígenas y mestizos, de generación en generación en un continuo proceso de aprendizaje a través de la incorporación permanente de nuevas herramientas, de novedosas propuestas plásticas donde se utilizan no tan sólo metales de fina procedencia como el oro, la plata, las piedras preciosas sino también elementos obtenidos de la arcilla, de materiales elevados a categorías artísticas por





sus gratas y finas posibilidades estéticas.

Una de las características en la orfebrería y en la joyería tradicional cuencana ha sido el empleo de diseños con fuertes contenidos de corrientes artísticas desarrolladas con mucho más fuerza dentro de otras artes "el manierismo deja clara su importancia en el barroco, estilo, este último, que se adaptó muy bien a la mentalidad indiana y se proyectó sobre el rococó y el neoclasicismo hasta nuestros días"

El vigor de estas corrientes artísticas y su adaptación a nuestro medio cultural dieron en un principio como resultado la realización de joyas con estilos ajenos. Los orfebres a pesar de estar motivados por la moda y el mercado lograron mantener cierto estilo en su trabajo, naciendo en esta casi inconsciente y espontánea práctica un arte mestizo "estilística-

mente la orfebrería cuencana se mueve entre dos corrientes: la de Quito y la de Lima y Trujillo...la evolución estilística de Cuenca es más bien lenta que en las ciudades antes citadas y existe un claro deseo de hacer pervivir en la platería las formas tradicionales adaptándolas a las diferentes corrientes"

Su complejidad y el extremo cuidado así como la cantidad de tiempo necesaria para esta labor ha convertido a los talleres de los joyeros en el lugar en donde se puede apreciar con claridad como el oficio se trasmite de padres a hijos cuidando de indicarles todos los pasos necesarios para ser verdaderos maestros en el arte de la transformación del oro, de la plata, de las piedras preciosas.

Todos comenzaron como aprendices de los talleres. Cada ocupación en el taller tenía una razón. Barrer el piso, lavar las piezas, arreglar el taller, limpiar los desperdicios, comprar gasolina para los crisoles. Todo era necesario saber. Después, en el momento más oportuno cuando el maestro creía conveniente, el aprendiz pasaba a realizar trabajos de mayor responsabilidad como el acabado de algunas piezas sencillas.



Para trabajar en la joyería tradicional la mayoría de las herramientas empleadas han sido diseñadas y construidas por los propios artesanos resultándoles muy funcionales y prácticas para el uso acordado. Metales como el hierro, el bronce o el acero, constituyen la materia prima para la fabricación de estas herramientas “templadas” al fuego de la fragua tradicional, logrando grados de dureza acordes con las resistencias a soportar. Muchas de estas herramientas han sido herencia transmitida de padres a hijos, por varias generaciones.

Poco a poco sabiendo manejar con facilidad cada momento del oficio iban conociendo los secretos de esta alquimia permanente en donde el color de los tréboles, el vuelo de los pájaros, la rugosidad de las violetas y de las flores y matas de las cercas quedan impregnados en zarcillos de

pajarito, zarcillo pensamientos, chamburos, tréboles, zarcillos de floripondios, candongas, paulas o tres marías, zarcillo de gota y botón, hojas de uva, moscos, sapos con pajarito, pensamientos.

Estilizando la naturaleza mediante el esmaltado, el grabado en buril, el vaciado y la filigrana con fuelles y sopletes, con la piedra pómez y la churumbela con las pinzas y los crisoles manejados con destreza y habilidad para cambiar la textura y el cuerpo del oro y la plata forman cadenas conocidas por su apariencia con los nombres de: cadenas de lomo de corvina, de lomo chino, cadenas de cordón.

Con la filigrana se trabaja de todo según el gusto y el pedido del cliente. Con hebras de plata y de oro, retorcidas y atachadas los maestros de la filigrana hacen desde aretes, collares, cochecitos, pianos, cofres, carteras, pulseras de tambor, prendedores, canastillas, cigarreras, cajitas en forma de corazón para poner rosarios hasta zarcillos como el chamburo, espumilla, de canoa, magnolia.

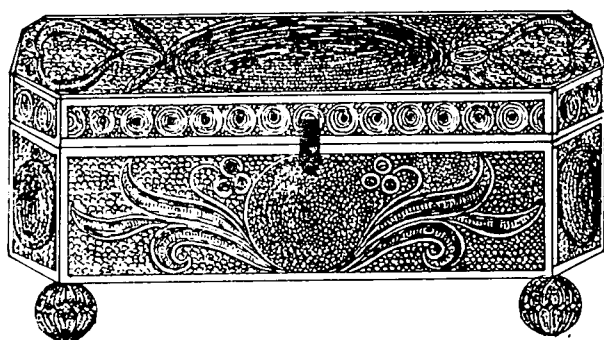
Los “hábil copistas” como se

llaman algunos de los maestros grabadores por manejar con facilidad el dibujo, hacen en zarcillos, anillos, pendientes y manillas inscripciones o tallas sacando relieves de superficies de cierta dureza para que la incisión sea duradera. Algunas de las piezas logradas con la técnica del grabado reciben nombres relacionados con las características propias de las piezas: anillo solitario de perla, anillo de monte, manilla de chapa, media perla, hojas con flores pensamiento, pendiente de gota.

El esmaltado en cambio es una técnica cuyo proceso se basa en la aplicación por fusión de un barniz o esmalte vítreo coloreado sobre superficies metálicas. Con el esmaltado se hacen anillos de grados y de matrimonio, zarcillos de floripondio, dormilonas, reinas victorias, zarcillos de tres en fila, caravana, mariposas, lazo con gota.

Derramando el metal fundido en un molde hecho a partir de un modelo predeterminado se trabaja una de las técnicas más utilizadas en la joyería tradicional de Cuenca como es la técnica del vaciado. Mediante esta técnica se han logrado piezas de verdadero primor como zarcillos gota y botón, gota y botón de hojas y perla, zarcillos de lazo con gota, zarcillos de rosa y media luna con perlas, zarcillo sapito de tres gotas.

Aretes, prendedores, anillos, colgantes, manillas son las piezas más apetecidas dentro de la producción de la joyería azuaya. Cada una de ellas por sus propias características y por su conformación tienen diferentes connotaciones. Los aretes también conocidos con el nombre de broquel son piezas cortas y fijas. Las argollas o candongas son piezas de formas curvas y piezas fijas, los zarcillos son aretes largos con piezas



móviles que penden del “botón o gotas”.

Los anillos trabajados por los joyeros azuayos utilizan gran cantidad de pedrería en especial, las perlas. Los prendedores son piezas destinadas para el uso del hombre y de la mujer. Los prendedores destinados a los hombres son de dos tipos: sujetadores de corbata, gemelos o mancuernas de camisa. Los prendedores para el adorno femenino utilizan un sistema de broche o ganchos para sujetar la joya a la prenda de vestir.

Una de las piezas más características de la joyería tradicional por mucho tiempo ha sido el llamado “guardapelos” pieza utilizada para guardar algunos cabellos o fotos de personas allegadas. Los guardapelos son una especie de cajita con un sistema de bisagra y con un ganchito para asegurar y cerrar las dos tapas.

Los collares y colgantes trabajados utilizan en sus diseños piedras y perlas de singular belleza. Con frecuencia los temas trabajados en los colgantes son cruces, medallas, piezas fijas y móviles empleando para ello estructuras adaptadas de las

formas naturales de plantas, flores y animales de nuestra región.

Por los miles de arcanos encerrados en las técnicas, en los diseños y en la fantasía de los nombres dados a sus herramientas, a las joyas logradas. Por el tiempo y la paciencia necesaria para dejar suelta la movilidad de las manos de sus artífices. Por nuestra necesidad de adorno y gusto. Por la sencillez y calidez de sus figuras, por intentar captar con la nobleza del oro, de la plata, de las piedras y de las perlas las ideas acumuladas en la experiencia cotidiana de sus maestros. Por el ingenio para comunicarnos a través de su trabajo el inexplicable proceso de transmutación de las ideas. Por la alquimia de la materia y del hombre. Por los miles de detalles acumulados de nuestra historia, de nuestra cultura, de nuestro porvenir, por los deseos y sueños expresados por detrás de las figuras, la joyería tradicional cuencana es una clara muestra de la posibilidad cierta de recrearnos en un proceso sin límites de encuentros y desencuentros con nuestro medio, con nuestra personalidad.